

Editorial

Dr. GUSTAVO ALCÁNTARA

Facultad de Medicina

Universidad de Los Andes

Correo electrónico: supergalcantara@gmail.com

Como educadores universitarios, nuestra ética del investigador es concomitante con la ética en tanto profesionales. Sobrevienen pues, conjuntos de reglas sobre moralidad que perfilan nuestras conductas en este plano particular de la vida, vinculado al quehacer científico.

Entre los preceptos más relevantes a tomar en consideración figura la beneficencia, en vista de que el trabajo investigativo tiene que aspirar perennemente al bien de la humanidad. Ese es el anhelo, pero improbablemente seremos capaces de modular las consecuencias imprevistas que nuestra actividad indagatoria tendrá para la sociedad. Aquí traemos a colación el dilema de Albert Einstein, quien mientras teorizaba sobre la relatividad quizá dejó de entrever que en el despiadado contexto belicista esos elementos serían utilizados para engendrar la bomba atómica, que arrasaría con Hiroshima y Nagasaki.

El ambiguo límite entre el bien y el mal en la investigación es muchas veces imperceptible, sobre todo por esas consecuencias imprevisibles e incontrolables. Asimismo, es ilustrativo comentar la metáfora de *Frankenstein o el moderno Prometeo*, pues la sapiencia que brinda la ciencia forja un poder, esgrimido mediante el conocimiento aplicado. Todas las potestades envuelven ingentes responsabilidades, así que la avidez de mando debe ser palpable y controlable para el investigador. Pues cabe la opción que experimentemos una parecida a la del Doctor Fausto con Mefistófeles, de manera pertinaz, merodeando para tentarnos a sucumbir ante nuestros apetitos.

Como estudiosos de la sociedad interesados en temas que, como la salud, se tornan en políticos, frecuentemente nos encontramos ante el dilema de la ética profesional y la ideología política. Si se atiende a Maquiavelo, lo significativo sería conseguir el poder y conservar posiciones de dominio, lograr los objetivos, aunque esto implique uno de los peores sesgos del investigador: el político. Porque al perseguir tales metas, podemos vernos obligados a echar a un lado profundos ideales y pactar con adversarios de esta índole para solicitar financiamiento o autorización en el desarrollo de un proyecto social.

Por ello la ética indaga y obliga a cavilar, pero la moral exige que prediquemos con nuestros actos. Un médico cardiólogo puede salvar a sus pacientes con infarto agudo de miocardio y al dejar la sala de operaciones ir a consumir tabaco.

Lo complicado es entonces concretar lo ético en nuestra conducta cotidiana. Esto cobra mayor importancia si se toma en cuenta que además de investigadores somos docentes, por lo que se hace imprescindible estimular en nuestros estudiantes el pensamiento y desarrollo de destrezas en un área determinada del saber. También enseñamos a la gente patrones de comportamiento. Esa es la responsabilidad que reposa en los hombros del profesorado y que solo puede materializarse con auténtica vocación.